

## NO ES MÁS QUE UN NIÑO

*"Y el silencio se llena de tus pasos de antaño..."*

**Vicente Huidobro**

Abdul empuja la chapa de hierro que le ha servido de refugio. Parece un hurón emergiendo de la boca de su madriguera, los brazos y el pecho cubiertos de tierra, el pelo empastado en tonos grises, los ojos sumidos, arrumbados en lo hondo de su rostro, como tizones encendidos en un lecho de cenizas, sus labios temblorosos, su cuerpo impulsado por unas piernas crispadas que aún se entierran entre los cascotes. La artillería calla ahora. No hay estruendos. Los rotores de los helicópteros laten en la lejanía. Los tanques han cesado en su afán homicida. El crepitar de sus motores se aleja, quizá para emboscarse en los arrabales, da igual, parece que todo está en calma. Un rumor de viento helado acaricia las ruinas de la ciudad. Decenas, centenares de pupilas medrosas otean un horizonte de devastación, sin atreverse siquiera a levantarse, sin ser capaces de reprimir el dolor por la pérdida de sus hogares, por tantas esperanzas castradas. Lloran por los que ahora ya no están a su lado, sin apenas ser capaces de comprender que la muerte se los ha arrebatado para siempre. Ellos sólo querían continuar con sus vidas, tranquilos, el tiempo demorado por entre los afanes cotidianos, sin sobresaltos, el mercado, el taller, el huerto, tomar un té al atardecer, al amparo de una tertulia con los parientes, con los amigos, si acaso acompañar al abuelo al dispensario... Todo como ayer, como antes de ayer, no pedían nada más.

Solo el silencio. Abdul se pone en pie, se sacude la tierra de la camiseta, de los pantalones y levanta la mirada hacia el cobalto de un cielo embebido en la luz del sol, la mano izquierda sobre la frente para hacerse sombra. Sus labios dejan de temblar, parece que sonríen, sí, Abdul no es más que un niño, sólo tiene siete años y quizá piense que todo ha terminado, que mañana todo será como ayer, como antes de ayer; que mañana podrá jugar un partido de fútbol con los amigos tras finalizar las clases del colegio.

Una luz blanca destella en la azotea del edificio, el estruendo del disparo, un murmullo sibilante, como el susurro de una serpiente hambrienta, Abdul cae al suelo, el francotirador sonríe mientras araña con el filo de un cuchillo el metal de su fusil, engrosando su macabro rímero de muescas. Sólo el silencio. Un enemigo abatido más.

**José Agustín Blanco Redondo**

*Primer Premio de relato en el XVII Certamen Literario  
Castillo de Cortegana, Cortegana (Huelva), julio 2013.*